



BIBLIOTECA

DC38
H4
V.8

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

133606



HISTORIA DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO

POR M. ADOLFO THIERS

LIBRO TRIGÉSIMO SEXTO

TALavera Y WALCHEREN

Operaciones de los franceses en España en el año 1809. - Plan de campaña para la conquista del Mediodía de la península. - Falta de unidad en el mando y sus inconvenientes. - La guerra de Austria da pábulo á las esperanzas y pasiones de los españoles. - Cielo de la Inglaterra por multiplicar sus expediciones contra el litoral europeo: envía un nuevo ejército á Portugal. - Abrese la campaña de 1809 con la marcha del mariscal Soult sobre Oporto. - Esfuerzos inútiles por pasar el Miño en Tuy. - Rodeo sobre Orense, y marcha por la provincia de Tras-os-Montes. - Serie de acciones sostenidas para entrar en Chaves y en Braga. - Batalla de Oporto. - Situación crítica del mariscal Soult en el Norte de Portugal. - Así que llega la noticia de su entrada en Portugal, el estado mayor de Madrid dirige al mariscal Víctor sobre Extremadura, y hace que le apoye el general Sebastiani con un movimiento contra la Mancha. - Paso del Tajo por Almaraz y llegada del mariscal Víctor y del general Sebastiani al Guadiana. - Victorias de Medellín y de Ciudad Real. - Estas dos victorias hacen presagiar al principio una campaña afortunada en el Mediodía de la Península, pero en breve anulan sus efectos los enojosos acontecimientos del Norte. - El general la Romana, que había dejado al mariscal Soult á sus espaldas al atravesar por Orense, pasa por entre Galicia y León, subleva todo el Norte de España y amenaza dejar sin comunicaciones á los mariscales Soult y Ney. - Vanos esfuerzos del mariscal Ney por sujetar á los sublevados de Galicia y Asturias. - En defecto del mariscal Mortier, á quien detienen en Burgos instrucciones recibidas, envíase al general Kéllermann con seis ú ocho mil hombres á restablecer las comunicaciones con los mariscales Soult y Ney. - Sucesos de Oporto. - Proyecto de convertir el Norte de Portugal en reino independiente. - Escisiones en el ejército del mariscal Soult, y relajación de la disciplina en él. - Tratos secretos con los ingleses. - Desembarca sir Arturo Wellesley en las cercanías de Lisboa y pone un nuevo ejército delante de Oporto. - Favorecido por secretas inteligencias, sorprende la plaza en la mitad del día. - Vese el mariscal Soult precisado á huir abandonando la artillería. - Retirada á Galicia. - Entrevista de los mariscales Soult y Ney en Lugo. - Plan concertado entre los dos mariscales, que queda sin ejecución por el movimiento del mariscal Soult sobre Zamora. - Funesta desavenencia de los dos mariscales. - Orden emanada de Schönbrunn, antes de saberse los sucesos de Oporto, para reunir bajo el mando del general Soult los tres cuerpos de los mariscales Ney, Mortier y Soult. - Consecuencias imprevistas de esta orden. - El mariscal Soult forma en Salamanca un plan de campaña basado en la supuesta inacción de los ingleses hasta el mes de septiembre. - Los acontecimientos desmienten en breve esta suposición. - Después de expulsar á los franceses de Portugal, replégase sir Arturo Wellesley sobre Abrantes. - Conciértase con don Gregorio de la Cuesta y Venegas para operar en el Tajo. - Su marcha hacia Plasencia en junio y julio y su llegada á Talavera. - El rey José, que había llevado al mariscal Víctor al valle del Tajo, únese á él con el cuerpo del general Sebastiani y una reserva sacada de Madrid, mandando al general Soult desembarcar por Plasencia á espaldas de los ingleses. - Acomételos José prematuramente y sin el necesario conjunto. - Batalla indecisa de Talavera dada el 28 de julio. - Movimiento retrógrado sobre Madrid. - Aparecimiento tardío del mariscal Soult por la espalda del ejército de Wellesley. - Retirada precipitada del ejército inglés á Andalucía abandonando heridos y enfermos. - Carácter de los acontecimientos de España en la campaña de 1809. - Disgusto de Napoleón por no haber sacado más partido de los muchos elementos reunidos en la Península, é importancia que da á estos sucesos por causa de las negociaciones de Altemburgo. - Esfuerzos de los ingleses por favorecer á los negociadores austriacos con el influjo de una grande expedición al continente. - Proyecto de destruir en las radas los armamentos marítimos preparados por Napoleón. - Expedición de Rochefort. - Número prodigioso de brulotes lanzados á un tiempo contra la escuadra de la isla de Aix. - Cuatro navíos y una fragata varan en los peñascos de Palles y los incendia el enemigo. - Después de la expedición de Rochefort vuelven los ingleses sus fuerzas navales contra Amberes con la esperanza de hallar aquel puerto sin defensa. - Llegan al desembarcadero del Escalda cuarenta y cinco mil hombres en cuarenta navíos, treinta y ocho fragatas y cuatrocientas barcas. - Invasión de los ingleses de la isla de Walcheren y sitio de Flesinga. - La escuadra francesa logra retirarse á Amberes y ponerse al abrigo de todo peligro. - Juicio que se hace de la expedición inglesa en París y en Schönbrunn. - Previendo Napoleón que la epidemia había de ser el enemigo más formidable de los ingleses, manda á los suyos fortalecerse con trincheras, poner al amparo de ellas todas las tropas que fueran reuniéndose y no arriesgar la batalla. - Manda organizar guardias nacionales, y nombra al mariscal Bernadotte general en jefe de las tropas reunidas sobre Amberes. - Manda organizar guardias nacionales, y nombra al mariscal Bernadotte general en jefe de las tropas reunidas sobre Amberes. - Después de haber perdido el tiempo los ingleses en la expugnación de Flesinga, llegan á saber que Amberes se hallaba en estado de defensa y no se atreven á adelantar más. - Hace en ellos grandes estragos la fiebre y los obliga á retirarse con enormes pérdidas. - Júbilo de Napoleón al saber este resultado, principalmente por las negociaciones entabladas en Altemburgo.

TOMO VIII

I

Los franceses no derramaban su sangre solamente en las márgenes del Drave, del Raab, del Danubio y del Vístula, en el año 1809; vertíanla también en las orillas del Ebro, del Tajo, del Duero y en las mismas del Escalda y de casi todos los mares del globo. Véaseles en todas partes, y casi simultáneamente, prodigar su vida en la tremenda lucha que se había empeñado entre el más ambicioso de los hombres y la más vengativa de las naciones. Mientras terminaba Napoleón en tres meses la guerra de Austria con soldados imberbes, sus generales, privados de dirección, sin obtener de él más que miradas distraídas, y desgraciadamente divididos entre sí, no podían con los primeros soldados del mundo domeñar á unas cuantas gavillas indisciplinadas y á un puñado de ingleses sabiamente conducidos. Así se terminaba la guerra de España en detrimento de nuestro poderío, de nuestra gloria á veces, y para confusión de la dinastía imperial.

Napoleón, que había hecho sostener á sus tropas de España una campaña de invierno; que les había hecho dar en los meses de diciembre y enero las batallas de Espinosa, Burgos, Tudela, Molíns de Rey, la Coruña y Uclés, había querido que se les concediesen uno ó dos meses de descanso, tiempo necesario para reparar la salud de sus soldados y sus pertrechos; y que partiendo en seguida de los puntos que habían conquistado fuesen llevados al Mediodía de la península para acabar de someter el país desde Lisboa á Cádiz y desde Cádiz á Valencia. Ya hemos expuesto el plan que dejó trazado al salir de Valladolid para trasladarse á Austria, el cual, aunque perfectamente concebido, no podía compensar la pérdida de un buen general en jefe; pero conviene aquí recordarlo brevemente para entender las operaciones de 1809.

El mariscal Soult, con las divisiones de Merle, Mermet, Delaborde, Heudelet, los dragones de Lorge y Lahoussaye y la caballería ligera de Franceschi, que comprendían diez y siete regimientos de infantería, diez de caballería y un parque de cincuenta y ocho bocas de fuego, debía, después de descansar en Galicia de las fatigas de la persecución de los ingleses, ponerse de nuevo en movimiento, pasar el Miño en Tuy, avanzar por Braga sobre el Duero, tomar á Oporto y marchar en seguida de Oporto á la conquista de Lisboa. Confía en que este cuerpo, cuya fuerza nominal subía á cuarenta y seis mil hombres, suministraría unos treinta y seis mil combatientes; pero se había engañado, porque rebajando heridos, enfermos, cansados y numerosos destacamentos, era imposible reunir arriba de veintitrés ó veinticuatro mil. La orden mandaba emprender la marcha en febrero para llegar en marzo á Lisboa, á fin de aprovechar la primavera, que tanto se anticipa en aquellas regiones. Detrás del mariscal Soult, el mariscal Ney, con las valientes divisiones de Marchand y Mauricio Mathieu, con solos diez y seis mil combatientes para una fuerza efectiva de treinta y tres mil hombres, tenía instrucciones de permanecer en Galicia para acabar de someterla y proteger de este modo las comunicaciones del ejército expedicionario de Portugal.

Mientras el mariscal Soult invadiese el Portugal, el mariscal Victor, triunfante en Espinosa y Uclés, debía con las soberbias divisiones de Villatte, Ruffin y Lapis-

se, que componían el primer cuerpo, y con doce regimientos de caballería, alejarse de Madrid, y avanzar con un movimiento sobre su derecha sobre Talavera á Mérida, del Tajo al Guadiana, para ejecutar en Extremadura y Andalucía una marcha correspondiente á la del mariscal Soult en Portugal. Así que estuviere seguro de la entrada del mariscal Soult en Lisboa, debía encaminarse á Sevilla, donde recibiría en caso necesario el refuerzo de una división del mariscal Soult. Preparábase en Madrid los pertrechos necesarios para un sitio, de piezas cortas de á veinticuatro, para que pudiese batir los muros de Sevilla y Cádiz si estas capitales llegaban á defenderse. El mariscal Victor sólo tenía á su disposición en aquel momento dos de sus tres divisiones, por haber quedado la del general Lapisse en Salamanca desde que Napoleón había concentrado sus tropas en el Norte para batir al general Moore. Esta división, mientras el mariscal Soult bajase desde Tuy á Lisboa, tenía orden de bajar de Salamanca hacia Alcántara, de incorporarse con su jefe en Mérida y de seguirle en Andalucía. Creíase que este cuerpo, reforzado con la excelente división alemana de Leval, ascendiendo á una fuerza efectiva de cuarenta mil hombres, produciría por lo menos treinta mil activos y efectivos, y bastaría para dominar el Mediodía de la península con los refuerzos que se le pudieran enviar á Madrid.

El rey José, que tenía por jefe de estado mayor al mariscal Jourdan, estaba autorizado para conservar bajo sus órdenes inmediatas las excelentes divisiones francesas de Dessoles y Sebastiani, la división polaca de Valence, los dragones de Milhaud y unas cuantas brigadas de caballería ligera; entre todos once regimientos de infantería, siete de caballería, y una fuerza efectiva de treinta y seis mil hombres para una nominal de cincuenta mil. Comprendíase en este total la guardia personal del rey José, el parque general y una multitud de depósitos. Debía el rey con esta fuerza central sujetar á Madrid, apoyar en caso de necesidad al mariscal Victor, y en una palabra ocurrir á cualquiera contingencia imprevista. El cuerpo del general Junot, que acababa de terminar el sitio de Zaragoza y que en la actualidad se hallaba á las órdenes del general Suchet, con solos diez y seis mil hombres disponibles entre treinta mil, debía descansar en Aragón, vigilar esta provincia y dejarla después si los acontecimientos tomaban un giro favorable, para avanzar por Cuenca sobre Valencia. Quedaba detrás para sostenerle, ó para custodiar el Aragón, el cuerpo del mariscal Mortier, que había tenido poco que hacer en el sitio de Zaragoza y que de veintitrés mil hombres efectivos podía suministrar diez y ocho mil combatientes. No habiendo podido prever desde luego lo que arrojaría de sí la guerra de Alemania, había prohibido Napoleón dar empleo activo al cuerpo del mariscal Mortier y mandado que permaneciese intacto á la falda del Pirineo, entre Zaragoza y Tudela, ya para encaminarle hacia el Mediodía de España, ya para llevarle al Rhin, según se presentaran los acontecimientos.

El general Saint-Cyr, victorioso de los españoles en Cardedú y en Molíns de Rey, debía con cuarenta y ocho mil hombres (cuarenta mil de fuerza efectiva) terminar la conquista de Cataluña poniendo sitio á sus plazas principales. Por último el Norte de España, que constituía nuestra línea de operaciones, estaba confiado

á una fuerza de caballería y á multitud de cuerpos separados, que formaban las guarniciones de Burgos, Vitoria, Pamplona, San Sebastián, Bilbao y Santander, y que podían en caso necesario suministrar algunas columnas movibles. Desde la partida del mariscal Bessieres, los que mandaban estos cuerpos eran el general Kéllermann y el general Bonnet, uno en Castilla y otro en Vizcaya. Esta mezcla de soldados de armas diferentes, sacados de todos los cuerpos, encargada de cubrir el servicio á nuestra espalda, presentaba de treinta y tres á treinta y cuatro mil hombres, entre los cuales había quince ó diez y ocho mil en estado de prestar un poderoso auxilio, y hacía subir á doscientos mil combatientes, de trescientos mil hombres efectivos, la masa enorme de las fuerzas destinadas á la península. Eran en gran parte las tropas mejores de Francia, las que habían hecho las campañas de la Revolución y del Imperio, vencedoras en Italia, en Egipto, en Alemania, en Rusia. A tal punto nos condujo la malhadada conquista de España, mirada al principio como negocio de un mero golpe de mano. ¡En ella perdimos nuestra reputación de rectos, nuestro prestigio de invencibles, y á ella enviábamos á perecer uno por uno los soldados de aquellos ejércitos formidables formados en diez y ocho años de guerras y victorias!

Suponía Napoleón que estos trescientos mil hombres, que no consideraba tan cercenados como lo estaban en rigor por el cansancio, las enfermedades y las diseminaciones, serían más que suficientes, aun reducidos á doscientos mil, para someter la España, conceptuando á los ingleses muy escarmentados para volver á socorrer á los españoles después de la campaña de la Coruña.

Estos doscientos mil hombres habrían sido bastantes sin duda alguna con una buena dirección, á pesar de los prodigios que es capaz de producir la pasión de un pueblo entero levantado contra una invasión extranjera; pero la autoridad que Napoleón dejaba en Madrid para interpretar sus instrucciones y ponerlas por obra no podía reemplazar la ausencia de su genio, de su firme voluntad y de su ascendiente sobre los ánimos, y los más poderosos medios tenían que fracasar, no contra la resistencia de los españoles, sino contra la anarquía militar que iba á nacer de su ausencia.

En efecto, el rey José, aunque hombre de carácter afable y sensato, y temperante en sus costumbres, no tenía, como dejamos dicho atrás, dote ninguna de mando, si bien ambicionaba mucho la gloria de las armas como un patrimonio de su familia. No tenía actividad ni firmeza, ni experiencia de la guerra sobre todo, ni tampoco ninguna de esas cualidades intelectuales superiores que pueden suplirla. Había adoptado, como dijimos también, por Mentor suyo al digno y prudente mariscal Jourdan, á cuyo juicio sometía sus planes militares, pero por lo general sin hacerle caso, decidiéndolo todo, después de largas vacilaciones entre su propia opinión y la de sus consejeros, como Dios le daba á entender, según las impresiones actuales. Napoleón, que se había apercibido de sus pretensiones durante la última campaña, se había burlado de ellas en Madrid, y aún las ridiculizaba en Schoenbrunn con los que iban ó volvían de España. No quería bien al mariscal Jourdan por sus opiniones pasadas y aun por sus ideas presentes, y sin razón le achacaba la sugestión de los seve-

ros juicios que acerca de él circulaban entre la nueva corte de España. Leía en la tristeza y frialdad de este grave personaje la censura de su reinado, y al paso que se burlaba de su hermano, menospreciaba paladinamente al mariscal Jourdan, á quien no podía ridiculizar. Era Jourdan el único, entre todos los oficiales de su graduación y de su antigüedad, á quien había privado Napoleón de las opulentas recompensas que prodigaba á sus servidores. El escarnio que hacía del rey, y la visible aversión que tenía á su mayor general, no eran seguramente el medio más eficaz de darles prestigio á los ojos de los generales que tenían que estarles sumisos. En efecto, ¿cómo era posible que unos mariscales que no estaban avezados á obedecer más que á Napoleón, en quien reconocían un genio igual á su poderío, obedeciesen á un hermano á quien él mismo acusaba de mal militar y á un antiguo mariscal sin favor cuyos talentos negaba abiertamente?

Las mismas disposiciones adoptadas para asegurar la jerarquía del mando, estaban muy mal entendidas (1). Seguramente Napoleón había dicho en sus instrucciones que el rey José haría sus veces al frente de los ejércitos de España; pero todos los jefes de los cuerpos, ya fuesen mariscales ó generales, tenían que comunicarse directamente con el ministro de la Guerra Clarke y recibir las órdenes de éste para todas sus operaciones, de modo que forzosamente habían de mirar la autoridad del rey José como puramente nominal, mientras consideraban como única real y positiva la autoridad que residía en París. Napoleón, que con tanto pulso solía proceder en todo, no había acertado á resolverse á confiar el mando efectivo á un hermano suyo á quien no consideraba capaz, y dejándole sólo un mando de mera fórmula se lo había reservado en realidad para sí propio. Pero aunque generalmente hablando debiera ser preferible á toda clase de mando el emanado de él directamente, es fuerza confesar que las mismas órdenes de José, dictadas sin conocimiento de la guerra y sin vigor, como dadas más de cerca y más adaptadas á las circunstancias actuales, habrían producido mejores resultados que las órdenes de Napoleón, expedidas de seiscientos leguas de distancia sin corresponder cuando llegaban al estado actual de las cosas. Lo mejor habría sido que el emperador, adoptando por sí mismo los planes generales de campaña que sólo él era capaz de concebir, hubiese dejado al estado mayor de José el cuidado de mandar en jefe los pormenores de la ejecución; pero al paso que se mostraba afable, indulgente, paternal y confiado con el príncipe Eugenio, que era con él humilde, sumiso y reconocido, se mostraba severo, motejador y desconfiado con sus hermanos, que eran con él vanos, indóciles y poco agradecidos. No había delegado, pues, á José más autoridad que la nominal, y de este modo había sembrado sin quererlo una funesta anarquía militar en la península.

A estas causas de conflicto se agregaron otras igual-

(1) Hablo en esto, según acostumbro, no por conjeturas sino por hechos positivos. He tenido en mi mano las voluminosas y verídicas Memorias del mariscal Jourdan, todavía inéditas, su correspondencia, la del rey José con Napoleón, la relación de las numerosas misiones diplomáticas de Mr. Roederer cerca de José, de quien era amigo, y no consigno especie alguna que no esté comprobada con datos auténticos. (N. del A.)

mente enojosas. La guerra de España, además de consumir mucha sangre, agotaba los recursos pecuniarios. Habiendo reconocido Napoleón que carecía de medios, decidió que el ejército viviese sobre el país que estaba ocupando. Bien hubiera querido José, lo mismo que el rey Luis de Holanda, y lo mismo que el rey Murat en Nápoles, adquirir popularidad entre sus nuevos súbditos; así que para granjearse su afecto los defendía contra el ejército francés, que era, sin embargo, el encargado de conquistárselos. Este ejército, que sabía muy bien que él era el que había trocado en reyes á los hermanos de su general, hombres adocenados, se admiraba y hasta se indignaba de ver preferidos unos súbditos rebeldes á los soldados á quienes era debida la corona y á los cuales debía el rey José no sólo reconocimiento sino además consideraciones de paisanaje. Los generales, los oficiales, todos, hasta los mismos soldados, hablaban con el mayor desdoro de los reyes que eran hechura de sus manos, y en cambio en la corte de José se hablaba del ejército francés y de sus jefes como hubieran podido hacerlo los mismos españoles. Representaban á Napoleón en Madrid el embajador de Francia Mr. de Laforest, el general Belliard, gobernador de Madrid, y Mr. de Freville, agente del Tesoro para la gestión de los bienes confiscados á las familias proscritas. Estas diversas autoridades vivían en desacuerdo continuo con los agentes del rey José. Sucedió, entre otros casos, que Napoleón mandó poner presos á todos los individuos del antiguo consejo de Castilla, y José los mandó soltar diciendo que sólo se les perseguía para apoderarse de sus bienes. Apropióse Napoleón á título de indemnización de guerra los bienes de las diez casas principales de España, según dejamos atrás referido, y las lanas pertenecientes á los señores más acaudalados de las provincias conquistadas, subiendo á cerca de doscientos millones el valor total de estas confiscaciones, y José decía: «Por lo que hace á las diez casas de grandes, abandono sus haciendas al emperador, que se las ha apropiado; mas los bienes de las otras casas, que son en mucho mayor número, perseguidas como sediciosas, se me deben dejar á mí, bien para devolvérselos si hacen acto de sumisión, ó bien para recompensar en caso contrario la fidelidad de mis adictos.» En cuanto á las lanas, pretendía también José retener una parte bajo diversos títulos más ó menos contestables, alegando que no podía dar nada á nadie, ni siquiera pagar á los empleados de su casa: que había en Madrid seis mil criados de la antigua nobleza y de la antigua corte, parte de los cuales podía granjearse y que por no tener con qué vivir concitaban contra él al pueblo de la capital. Su penuria en efecto era extremada. Los ejércitos franceses en las provincias que ocupaban y la insurrección en las provincias de que había quedado dueña, absorbían todo el producto de los impuestos. Lo que los ejércitos franceses tomaban directamente, no bastaba, sin embargo, para su manutención, porque si bien tenían para alimentarse y vestirse con lo que sacaban de las provincias, había que cubrir los servicios generales de la artillería y del cuerpo de ingenieros, todos muy costosos, muy importantes, y para los cuales no bastaba apoderarse de los ganados y de las mieses sin segar. Para estos servicios se necesitaba dinero, y el tesoro no tenía más que el que se recaudaba en Madrid. Echan-

do mano de todos los recursos que podían suministrar la proscripción ó la confiscación, no podía José, según él decía, ni granjearse amigos ni cubrir los servicios más indispensables, y para esto pedía que se le dejase al menos terminar por sí un empréstito que había empezado á llevarse á cabo en Holanda, que podía proporcionar al tesoro español de quince á veinte millones. Sólo en este punto le dió gusto Napoleón; pero en todos los demás siempre le contestó con negativas, echándole en cara severamente ciertos actos de munificencia con favoritos que nada merecían, y computando, con visible arrepentimiento, lo mucho que le había ya costado la guerra de España y lo que tenía que costarle aún; porque aunque los soldados franceses viviesen en país conquistado, no obstante había que llevarlos hasta allí, vestirlos, armarlos y organizarlos y proveerles de pertrechos, lo que no podía hacerse sino con grandes dispendios, sin contar los que ocasionaba la guerra de Austria, que era como una continuación de la de España y que había de acarrear gravámenes mucho más duros todavía á la hacienda del imperio. Suponíase, pues, Napoleón arruinado por sus hermanos y reducido á echar mano de todo. Aparte de esto, distraído con otras guerras á seiscientas leguas de Madrid, abandonaba completamente el cuidado de ventilar sus quejas á sus agentes, los cuales se conducían con insolencia inaudita, creyéndose por su calidad de representantes del emperador Napoleón muy superiores á los meros representantes del rey José. A tal punto llegaron sus pretensiones, que, al tratarse de los bienes secuestrados, habiéndose apoderado Mr. de Freville de las llaves de los palacios de los grandes, negó la entrada en ellos á los empleados del tesoro español, dispuesto, según él mismo dijo, á echar mano del ejército francés para hacerse obedecer si era necesario. Contestó el rey José á este acto de arrogancia que iba á hacer poner á Mr. de Freville en una silla de posta y á enviarle á Francia (1). Fácil es

(1) Como comprobación de estos tristes pormenores citaremos las cartas siguientes:

Al emperador.

«Madrid, 17 de febrero de 1809.»

»Señor:

»Por la carta de V. M., núm. 2, veo con sentimiento que V. M. da oídos sobre los asuntos de Madrid á personas interesadas en engañarle. V. M. no tiene entera confianza en mí, y sin ella veo imposible sostenerme. No repetiré lo que tantas veces he escrito acerca de la situación de esta hacienda; vivo enteramente consagrado á los negocios desde las ocho de la mañana hasta las once de la noche; salgo una sola vez á la semana; no tengo para dar á nadie un real; me hallo en el cuarto año de mi reinado, y mi guardia lleva todavía la primera casaca que le di hace tres años; estoy siendo el objeto de todos los clamores; tengo que vencer toda clase de prevenciones; mi autoridad no se extiende más allá del recinto de Madrid, y en esta misma capital me veo continuamente contrariado por personas que llevan á mal no merezca más aceptación su sistema... V. M. dispuso se secuestrasen los bienes de diez familias, y esta medida se ha hecho extensiva á más de veinte: todas las casas habitables están ocupadas por notarios guardasellos; seis mil criados de las familias secuestradas han quedado en la calle pidiendo limosna y los que por seguirme han sacrificado las comodidades del reino de Nápoles, están aún alojados por boletas por falta de viviendas. Sin capitales, sin contribuciones, sin dinero, ¿qué puedo hacer yo? Este cuadro por muy triste que parezca, nada tiene de exagerado, y tal cual es no me arre-

comprender cuánto habían de amenguar el prestigio del nuevo rey semejantes disensiones, de todos sabidas en Madrid; aborrecido de los españoles, menospreciado por los franceses, era casi imposible que pudiera hacerse obedecer de unos y de otros, y que pudieran lograrse unos planes ejecutados bajo la dirección de una autoridad tan débil y tan disputada, aun cuando fueran excelentes.

Aunque las fuerzas francesas fuesen inmensas por su número y calidad, la resistencia se hacía más seria cada día. Verdaderamente los españoles no se habían mantenido firmes en parte alguna: en Espinosa, en Tudela, en Burgos, en Molins de Rey y en Uclés habían corrido arrojando las armas; los mismos ingleses, tropa regular y sólida, arrebatados por la común derrota, habían tenido que abandonar apresuradamente el territorio español y buscar refugio en sus naves; pero ni unos ni otros

draría, puesto que debo al cielo el valor suficiente, si al mismo tiempo me hubiera dispensado una organización capaz de soportar los insultos y contrariedades de los que deberían estarme sumisos, y sobre todo de resistir las explosiones de descontento de un hombre á quien amo demasiado para poder jamás aborrecerle. Así, pues, señor, si mi vida entera no ha llegado á inspiraros una confianza ciega en mí, si he de verme insultado y humillado en mi misma capital, si se me niega el derecho para nombrar los comandantes y gobernadores que he de tener siempre delante, si V. M. no quiere juzgarme por los resultados y tolera que se ponga en tela de juicio cada una de mis medidas, en este caso no tengo más que un partido que tomar... Hoy sólo soy rey de España por la fuerza de vuestras armas; podría llegarlo á ser por la adhesión de los españoles; pero para esto sería preciso poder gobernar á mi modo...

»Señor, de V. M. humilde servidor y hermano,

»José.»

«Madrid, 19 de marzo de 1809.»

»Señor:

»Mandábame V. M. en su carta del 11 de febrero que conservase á Mr. de Freville en la dirección de los asuntos de los confiscados, anunciándome que quería quedarse con los bienes de estas diez familias para quitarme la tentación de restituírselos. Hoy tengo una grave queja de Mr. de Freville: respeté, como debía hacerlo, los bienes de estas diez familias secuestradas y sus casas y mandé á la administración de bienes nacionales que acabo de establecer que tomase posesión de todas las demás haciendas (fuera de las de aquellos diez confiscados); pero Mr. de Freville se ha propasado á hacer substraer durante la noche las llaves de las casas secuestradas por orden mía, mandando á los administradores de los emigrados que no obedezcan á mis agentes: no se habla de otra cosa en Madrid. Mr. de Freville me parece un loco: acabo de mandarle que entregue sin demora las llaves de las casas á la administración de bienes nacionales, y si se obstina en desobedecerme, le voy á mandar volver á Francia, poniendo en su lugar al auditor Mr. Treillard. Mr. de Freville está indudablemente enfermo. No quiere reconocer mi autoridad; mantiene correspondencia directa con V. M., y quien le oiga se figurará que es aquí su representante. Observaré V. M. que no he tocado á las casas ni á las haciendas de los diez confiscados.

»Ruego á V. M. que haga llamar á Mr. de Freville: su permanencia en Madrid, después de lo ocurrido, me podría hacer más daño que todos los esfuerzos del Infantado y de Cuesta.

»Doy á V. M. las gracias por la intención que me manifiesta de levantar el secuestro decretado sobre los siete millones del empréstito de Holanda. No ha podido haber jamás gobierno más necesitado de empréstitos que el mío. No quiero insistir en pormenores que sólo podrían apesadumbrar á V. M.; pero basta que V. M. sepa que nunca será excesiva la diligencia que emplee en facilitarme la pronta cobranza de esos siete millones de Holanda y de los dos ó tres millones de las lanas de Bayona.

»Señor, de V. M. humilde servidor y hermano,

»José.»

estaban abatidos con los reveses sufridos. Los españoles en su loco orgullo eran incapaces de apreciar lo que valía el ejército francés, y su misma ignorancia les eximia del desaliento. Huyendo casi sin batirse, padecían poco, porque sólo se sienten amargamente los desastres en las batallas sostenidas con empeño, y siempre estaban prontos á volver á empezar una guerra, sólo para las ciudades desastrosa, grata á su actividad devoradora y adecuada á todos sus instintos religiosos y patrióticos. Si bien se habían momentáneamente desanimado con las numerosas derrotas sufridas, habían vuelto á cobrar ánimo con la partida de Napoleón y la noticia de la guerra de Austria. La junta, retirada en Sevilla, donde más arraigada estaba en la ignorancia y en el fanatismo de la nación, seguía imbuyendo en el pueblo todos sus furores. Compuesta de hombres de Estado rancios, incapaces de comprender las circunstancias presentes, y de jóvenes fanáticos, incapaces de comprender circunstancias ninguna, contrariada con mil obstáculos de todo género, dirigía la guerra como puede hacerse en tiempo del mayor desorden (1). Sin embargo, la junta animaba, excitaba é impelía á tomar las armas á los pueblos de Valencia, Murcia, Andalucía y Extremadura, seguía correspondencia con los ingleses y enviaba sin cesar nuevos refuerzos á las tropas de la insurrección. Abastecía de armas y municiones la Inglaterra, y aun la suministraba subsidios: había reformado el ejército del centro, confiado después de la batalla de Tudela al duque del Infantado y después de la batalla de Uclés al general Carvajal. El ejército de Extremadura, batido en Burgos, Somosierra y Madrid, después de haber desahogado la cólera del vencimiento asesinando al malhadado don Juan Benito, se había reforzado y puesto bajo la dirección del anciano don Gregorio de la Cuesta, que parecía haber recobrado entre los generales españoles cierto ascendiente sólo por la circunstancia de no haber perdido batallas que no había dado. Escalonados estos dos ejércitos, uno en los caminos de la Mancha, desde Ocaña hasta Valdepeñas, y otro en los caminos de Extremadura, desde el puente de Almaraz hasta Mérida, tenían encargo de hostilizar á Madrid y de disputar el terreno á las tropas francesas que intentasen bajar hacia el Mediodía. En el Norte de España el marqués de la Romana, que había seguido á los ingleses en su retirada, pero que, para dejarles libre el camino de Vigo, había tomado por el de Orense, manteníase en la frontera de Portugal, ribera del Miño, entre los portugueses, exultantes con su reciente liberación, y los españoles de Galicia, que eran los más tercos de todos los sublevados de la península. De este modo alimentaba en el Norte un peligroso foco de insurrección. Finalmente, en todos los puntos donde no había tropas francesas la junta reclutaba públicamente soldados; y donde la había, partidas de facciosos que se amparaban en los montes y desfiladeros, acechaban el paso de nuestros convoyes

(1) Muy triste calificación hace Mr. Thiers de la Junta central de Sevilla; pero no es de admirar esto en un historiador apasionado y francés. El lector puede consultar sobre las nobles tareas de dicha Junta central el lib. 8.º de la *Historia* del conde de Toreno, donde verá cuánto hizo para afirmar al trono de España los lejanos dominios de América y Asia, por organizar las juntas provinciales de la península, y por estrechar las relaciones exteriores sobre la base de la conveniencia y del decoro. (N. del T.)